





BIOGRAFÍA EPISÓDICA  
DEL INVESTIGADOR PERIPATO



Miguel Ángel Olmedo Fornas

BIOGRAFÍA EPISÓDICA  
DEL INVESTIGADOR PERIPATO



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Ángel Olmedo Fornas

ISBN: 978-84-19439-02-4

ISBN digital: 978-84-19439-03-1

Depósito legal: M-19837-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*La vida es como una leyenda; no que sea larga,  
sino que esté bien narrada es lo que importa.*

SÉNECA, *Epístolas*





## ÍNDICE

Episodio primero .....	11
Episodio segundo.....	51
Episodio tercero.....	69
Episodio cuarto .....	101
Episodio quinto.....	127
Episodio sexto.....	181
Episodio séptimo .....	207
Episodio octavo.....	251
Episodio noveno .....	301
Episodio décimo .....	327
Episodio undécimo.....	357
Episodio duodécimo .....	379



## Episodio primero

A mediados del año dos mil nueve la historia profesional del investigador tocaba a su fin. Lo presentía Aristo Baler desde que comenzaron las purgas, que él llamaba depuraciones, pero cuya denominación oficial y nunca cuestionable era la de renovación periódica de los cargos y las responsabilidades de los funcionarios del ministerio de Interior, ya fueran estos los más veteranos en el servicio, los de manifiesta independencia en el correr del hilo de su cometa o los notoriamente incompetentes para la actuación públicamente encomendada.

Los rumores en los mentideros advirtiendo de la limpia, denominada fase de sustituciones por razón de antigüedad y de eficacia operativa en la retórica protocolaria, sonaban a orden voceada que se difunde por los canales de comunicación donde también pescan con caña y red los corresponsales de noticias habilitados por la autoridad dispensadora de los puestos en concurso. La alianza entre ejecutores y divulgadores estaba tradicionalmente bien compartimentada.

La confirmación a la sospecha de Aristo Baler se produjo en plena canícula: por imperativo del mando había sido agraciado con el premio de la jubilación anticipada. Próximo a cumplir sesenta años, la superioridad consideraba que era momento de clausurar con felicitación adjunta la trayectoria del comisario de la Brigada Móvil, remitiéndolo a la placidez contemplativa o lo que le viniera en gana siempre que, condición tácita, no causara molestias por los siglos de los siglos; matización temporal soslayada porque a buen

entendedor pocas palabras bastan. Disponía de cinco meses para hacerse a la idea del cambio de vida y ponerla en práctica exenta de publicidad.

Esos meses de transición hacia el futuro eran un plazo suficiente para tratar en un ámbito de sinceridad estricta con sus dos principales tentaciones: la entrega de los documentos pertinentes al *Caso Jero* en su poder y la oferta de Carolina. Una vez tomadas, ambas decisiones no admitían en conciencia la vuelta atrás. Debía sopesar cuidadosamente el valor intrínseco de cada una de las tentaciones y luego enfrentarlas individualmente, pues carecían de vínculo que las presentara unidas, a la sentencia del tribunal inapelable. A partir de diciembre —en invierno, en Navidad, en Año Nuevo, recitaba enfocando los peldaños iniciales del porvenir— su vida iba a ser otra con independencia del camino seguido, pero la repercusión de sus actos y omisiones la proyectaría de diferente manera, y ninguna pregunta sin respuesta, ninguna duda prohijada en la tiniebla del miedo, cesaría de rondarle la cabeza, punzar los sentimientos y desestabilizar un ánimo indefenso. La equivocación al decidirse le anunciaba una penosa enfermedad que la obsesión, irreprimible según dictaba la experiencia, recrudecería hasta el límite mortal.

Aristo Baler tenía tiempo para elegir; en realidad le sobraba tiempo, no le hacía falta tanto para tomar su decisión doble como el que llevaba imaginando la fecha en que se haría efectiva. Estaba preparado ese verano de frontera —hasta aquí, desde aquí— a subirse en el vehículo de su opción.

«Acepto tu oferta», le diría a Carolina por teléfono a causa de la distancia; con la documentación del *Caso Jero* encima de la mesa, para entregar en persona unos días antes de la despedida.

Carolina había trasladado su residencia y su negocio a Naya, una pequeña ciudad o un pueblo grande, a criterio del observador, en la costa alicantina. En cierto modo ella le había tomado la delantera cuando año y medio atrás decidió emprender una aventura independiente, desligada de socios y participaciones en los bene-

ficios, para ser la única propietaria de su destino, de su balance financiero y de su capacidad en solitario al timón para superar los obstáculos. Aristo Baler acudió al preestreno, en calidad de invitado especial, y a la inauguración de su *Empíreo*, un café-concierto peculiar, fiel reflejo de la aspiración de Carolina, situado en la zona urbanizada de la falda marítima del monte de Las Neidas.

—Voy a inmiscuirme en tu nuevo mundo.

—Así podré conocerte sin interferencias —le desafió ella.

La documentación del *Caso Jero*, los inesperados e ignorados documentos contenidos en una carpeta privada de un asunto policial y políticamente desterrado y judicialmente prescrito, pasó de la clandestinidad a la revelación en un solo gesto. Aristo Baler, jubilado por mandato de gabinete, sabía que con su acto sorpresivo corría más riesgo de perder que ocasión de ganar, pero valía la pena jugársela a una carta si la conciencia dejaba de agujionarle el resto de su existencia.

Con el abultado sobre depositado en su mesa por un funcionario que gozaba de buenas referencias y la lógica curiosidad por descubrir el verdadero motivo de la visita, sin abrirlo ni tocarlo el comisario subdirector de la Policía le preguntó qué secreto guardaba ese envoltorio convencional a él dirigido sin mención expresa de su persona.

—El *Caso Jero*.

El funcionario con buenas referencias no tuvo que añadir palabra para encender las luces de alarma en la cámara oscura.

El comisario subdirector de la Policía acusó el impacto del nombre. Pero su contenida reacción de asombro, forzándose a sostener la mirada del individuo con tamaño atrevimiento, conteniendo a la par su deseo por apropiarse del sobre anónimo y meterlo en una clausura desactivadora, apenas disimulaba las ganas de interrogarlo. Tan irreprimibles fueron que vomitó entre dientes tres preguntas encadenadas:

—¿Quién lo ha filtrado? ¿De quién lo ha recibido? ¿Quién lo sabe?

La pregunta era quién, la respuesta que le interesaba era saber quién, el enigma que se precipitaba a desvelar en ese instante era quién.

—Es el fruto de mi investigación.

Esa contestación no resolvía el asunto de fondo.

—¿Quién le ha ordenado esa investigación?

Aristo Baler mantuvo abreviada la versión sincera.

—He ido completándola con los años.

—¡Por su cuenta!

Sin encomendarse a Dios ni al diablo.

—Por mi cuenta.

Fue el último episodio de su historia como investigador profesional.

Pasó la Navidad en familia; entró en el dos mil diez en un entorno festivo celebrando lo que todos; el mes de enero, que discurrió pausado, tuvo un marcado aspecto sentimental en los lugares de la infancia, la juventud temprana y siempre que necesitaba, por influencia del dolor y el placer, renovar la confianza en sí mismo —cosa inmediata— y en sus obstinaciones. Vivió tranquilo y dando rienda suelta a la imaginación esa temporada puente finalizada con el mes.

Carolina le aseguró que en la casa que ella le había conseguido estaría cómodo, rodeado de sosiego y naturaleza esforzada la mayor parte del tiempo y con el abrigo —vino a insinuar la protección, eludiendo expresarse con un derroche de franqueza— del imponente monte de Las Neidas en el frente posterior.

El dos de enero de dos mil diez, acompañado por ella, Aristo Baler abrió las puertas y ventanas de su casa alquilada.

—Me gusta mucho. Te agradezco la gestión. Voy a estar bien, tal y como me anunciaste.

—Y yo por fin te conoceré por tus obras —no quería escuchar una síntesis ni un exordio de su historia personal, tampoco que le recitara la cronología exacta de un relato ininterrumpido que pretende condensar una vida en los minutos que al orador le dura el impulso—. Tendrás que explayarte en tus recuerdos.

## De vuelta al origen

Andaba la sinuosa pendiente sin mirar atrás, maldecido por un aliento castigador. Acosado allá donde iba, proseguía su esfuerzo recorriendo un camino de obstáculos. Este era su condenado presente, una época de infortunio con todo en su contra. Mientras huía de aquella persistente oscuridad, a tientas, con la garganta seca de polvo viejo y el músculo dolorido de fatiga, recordaba con tristeza y daño profundo que en su vida hubo tiempos felices, gozosamente compartidos, en los que nunca se adivinó escapando de un asedio lentamente pergeñado desde dentro. Una pesadilla.

Despertó confuso y un tanto alterado del sueño que interpretaba una experiencia ajena. No era su camino ni su historia ni su figura lo que acababa de presenciar con un realismo de proyección memorística. Así empezó ese día libre de servicio para el investigador Aristo Baler.

Aproximadamente a las siete horas de un seis de octubre, habiendo desayunado en su domicilio que aún le olía a reciente, paseaba las calles de Madrid que apuntaban al parque del Retiro. Su propósito era conocer a más y mejor cuanto antes su destino profesional sin excluir ninguna zona. Hoy tocaba los alrededores del Retiro, pero al cabo de unos callejeos teniendo como referencia las puertas de acceso al parque, que comparaba en su arquitectura y paisaje a medida que las superaba, y la arboleda copando el horizonte, su ruta derivó hacia el norte hasta confluir en la Castellana y por la avenida, sube que te sube, mira que te mira, pasadas muchas imágenes, sonidos y pensamientos llegó a la estación de Chamartín.

¿Fue una casualidad? Casualidad o no, aquella fisonomía corriente en su anverso y en su reverso apareció identificada en el retrato de un desaparecido. Pero veinticuatro horas antes, cuando Aristo Baler caminaba por el largo circuito del Retiro a Chamartín aprendiendo los secretos de la gran urbe, la sospecha de una denuncia ni siquiera latía sobre los hombros de un peatón que sortea-

ba la ventolera del prójimo.

Diez metros por delante del contacto visual, uno de tantos, estrechaba la acera una boca de metro con las escaleras desiertas, a su derecha una cafetería con los clientes tomando posiciones, a su izquierda un kiosco con un comprador presuroso y otro conversador, enfrente un semáforo y su paso de peatones vacío en este lado de esquina. La prensa expuesta a la curiosidad de los viandantes informaba de la actualidad pasada. Leyó por inercia lo que ya sabía, titulares y entradillas de lo que sucedió ayer, de lo que podría suceder hoy o mañana. Prefería distraerse con los editoriales y las columnas de opinión. Los semanarios, colocados en segunda fila de captación, resumían las noticias que causaban impacto y analizaban predicciones a futuro tocante. La oferta de coleccionables se apoyaba en las paredes del cubículo y la acera. Los diarios deportivos concitaban un interés permanente.

—¡Cómo estamos! Hemos empezado que da pena.

—No seas cenizo. A mí no me huele a desastre. Lo que importa es cómo se acaba y lo mismo damos la sorpresa y te tragas la agonía.

Los andenes de la estación del suburbano lanzaron pasajeros a la calle. Del vomitorio próximo al kiosco donde Aristo Baler curioseaba las portadas de unas revistas de historia surgió ese individuo anodino, de tipología leptosomática, caminar diríase fatigoso quizá por acto reflexivo, perfil enjuto y leptorrino. Finalizada su ascensión al mundo superficial con un suspiro más bien intuido por el observador, aquel hombre convertido en polo de atracción, al que calculó unos diez años más de los treinta que a él le contemplaban, emprendió una gravosa marcha hacia un lugar al norte. Miraba sin ver, comedidos todos sus movimientos, como alguien que conoce un paisaje al que, sin embargo, aún faltan matices por descubrir. Andaba como alguien que espera no equivocarse.

El investigador se había fijado en ese personaje real aislado, una pieza disonante entre los asiduos a un comportamiento organizado. Le pareció acuciado por una opresión adherente, siendo esta la



única diferencia con el resto de semejantes en una ojeada simple. Lo siguió. Iba correctamente vestido, convencional, discreto, igual que se movía, estable, sobrio, aseado; su estado de necesidad iba por dentro. El cabello lacio, peinado, de corte reciente, afeitado con maña antes de salir de casa, sin muestras orgánicas en hombros ni espalda. Distante del entorno, pero atento a la consecución de su objetivo. Al sentir una cercanía extraña reaccionaba apartándose, ensanchando el hueco para que fluyera el peligro. No vacilaba al caminar, no daba traspiés, sus pasos conscientes le llevaban adelante sin impedimento y quizá, por rizar el rizo, con ligera demora. Aristo Baler ultimó la revisión de un aspecto ectomorfo con las proporciones regulares. La americana le venía un poco holgada y un tanto anchos los pantalones, talla afectada por un proceso de adelgazamiento. Trazado el mapa posterior, un semáforo y dos peatones le ayudaron a inspeccionar el perfil: los ojos, hundidos en sus cuencas; la piel, de un tono desvaído; los labios finos y deslucidos; el pabellón auricular pulcro. No era un hombre dejado, como ya había supuesto. Pasó al estudio de la bolsa de viaje, de color negro con varios cierres, en buen estado, que portaba bien asida. Estimó por lo abultado y el desnivel corporal que le provocaba que en ella había metido equipaje para varios días. Luego la aventura estaba programada.

La abstracción que mostraba al análisis transitorio resultaba inexpresiva.

De repente se detuvo, aunque no fue bruscamente. Tomó asiento en un banco desocupado bajo un copete de acacia, depositando el fardo a su lado, pegado al cuerpo, cogidas las asas: quien cuida la ocasión evita el peligro. Había soltado una carga y mantenía otra, reparó el investigador. Estuvo descansando menos de un minuto, tiempo de visita a otros territorios. Aristo Baler pudo ser testigo de la pausa girando la cabeza en su ruta pedestre de velocidad aminorada a la estación, para la que le quedaba un trecho corto. Al rato, con el segundo desayuno consumido en la mesa de la cafetería, descubrió al hombre de la bolsa de viaje en el trasiego del vestíbulo

enfilando uno de los sectores de espera. Qué casualidad, se dijo. También se dijo, a modo de acotación, que las cosas siempre pasan por algo.

Algo perturbador había sucedido para que acudiera a la Policía. Aristo Baler, adscrito a la Brigada Móvil desde su incorporación a la plantilla de la capital en mil novecientos ochenta, leyó la denuncia formulada por una esposa de verbo lábil, quien acompañada a comisaría por su hermana y el marido de esta actuó en el papel de comparsa de su cuñado. El marido había desaparecido, abandonándola a ella, a sus hijos y al parecer también a sus cuñados que no vivían en el mismo domicilio. Enterado del asunto y en la mano con una fotografía nítida del volatilizado, Aristo Baler se hizo cargo de la investigación.

Lo más concreto en la denuncia figuraba adjunto: domicilio en Madrid y lugar de trabajo en Madrid; el desaparecido, en resumen, era un varón sin antecedentes penales con responsabilidad familiar y laboral. Los testimonios gráficos mostraban en intencionada secuencia de presentación a la Policía la felicidad risueña del denunciado con su esposa, con sus hijos, con sus cuñados, en casa, en un parque, en un restaurante, de vacaciones, durante el decimoquinto aniversario de boda; él más bien como un elemento circunstancial en todas las fotos.

Comenzó por lo inmediato, recabando información de la familia. Se entrevistó primero con la mujer y los hijos, menores de edad, estando ella presente, siguió la ronda con la hermana y el cuñado, la amplió con los vecinos de la finca que participaron sus impresiones sin llamar dos veces a la puerta, y la terminó con las declaraciones de su jefe y compañeros en la industria de maquinaria textil. ¿Dónde podía haber ido? Nadie lo sabía. ¿Quizá a ver a unos parientes?, ¿a su padre y a su hermana que vivían en su localidad de origen, la misma localidad de origen que la de ellos? Nadie lo sabía ni pretendieron averiguarlo. La mujer destilaba una inquietud de omisión en presencia del investigador, el cuñado una tranquilidad de ensayo, la hermana y esposa una caracterización

despistada y huidiza. ¿Podía estar con su familia en el pueblo? No lo sabían ni lo habían comprobado. Nadie le achacaba una conducta perniciosa para la convivencia con excepción del cuñado, quien se explayó en insinuaciones carentes de respaldo tangible para afirmar rigurosamente que Damián, el denunciado, hubiera actuado en contra del bienestar de los suyos y en beneficio personal o de terceros. Lo único en teoría cierto era que para la familia, principalmente afectada por la desaparición, Damián Fajardo Pacheco, el hombre con la bolsa de viaje sentado en un banco de la Castellana, el hombre en la estación de Chamartín a la espera de subirse a un tren, se hallaba en paradero desconocido.

Era un caso con el problema en los denunciantes, había averiguado Aristo Baler con una simple llamada telefónica.

Los sometió a un segundo interrogatorio más incisivo en el que tampoco aparecieron otras evidencias de conducta malsana que achacar al presunto desaparecido.

—¿Padece alguna enfermedad?

—No, que yo sepa —respondió la señora Fajardo.

—Un poco raro sí que es —comentó el cuñado.

—¿Raro?

—Bueno..., que es muy reservado. Le cuesta, ¿cómo le diría?, expresarse con normalidad.

—¿A qué se refiere?

La señora Fajardo miró con desagrado al marido de su hermana.

—Es un hombre formal —introdujo la apostilla con poca voz de reproche.

Su cuñado negó con manos y cabeza.

—Es un indeciso.

—Eso sí...

—Da muchas vueltas a la noria en vez de poner la directa y cortar por lo sano.

—Sí...

—Es que se le enquistan los problemas y así le va. Venga inflar la pelota para nada, porque no se decide a dar el paso.

—¿Qué paso?

—Es un decir.

—¿Qué problemas tiene?

—Si se lo propusiera no tendría problemas... —omitió lo que estuvo a punto de salirle por la boca—. Mire usted, es que se ahoga en un vaso de agua. Hasta lo más fácil le viene grande y así no se va a ninguna parte. Me hartó de decirle que en la vida hay que ser positivo, que a la vida hay que echarle pimienta y unas gotas de alegría al café. Para que se ría, ya sabe. Es muy serio Damián, le cuesta un mundo reír. Yo le cuento chistes, le alegro el día cuando lo veo. Hacemos buenas migas, me cuenta sus cosas, como yo a él las mías —siguió el cuñado convertido en portavoz—. Hablamos mucho, tomamos nuestras cervezas como dos amigos de toda la vida, porque somos dos cuñados amigos, y nos preocupamos por los nuestros. Estamos pensando en un negocio, yo le digo que si uno vale ha de ponerse a trabajar por su cuenta. Es lógico, ¿verdad? —buscó la aprobación de su mujer, atenta y callada—. Prácticamente hacemos la vida en común. Le he ofrecido mi casa..., nuestra casa, y esta casa es como si fuera la mía..., la nuestra. Ella —señaló con las dos manos a la señora Fajardo— es también una hermana para mí. Y los niños se llevan de maravilla, que si el primo por aquí, que si la prima por allá —suspiró pesaroso—. No entiendo qué le ha podido pasar.

—¿Les consta que tuviera enemigos?

Negaron los tres al unísono.

La versión de familia idílica —uno para todos, todos a una— contada por su portavoz chocaba con la dada por un compañero de trabajo.

Aristo Baler volvió a presentarse en la fábrica de maquinaria textil. El propietario le había informado de la petición de Damián, un empleado modélico, para ausentarse unos días porque su padre había enfermado de gravedad y quería estar a su lado por lo menos hasta saber a qué atenerse.

—Dijo que me tendría informado. Le deseé que se tomara su tiempo y que me transmitiera noticias halagüeñas.

Damián cumplió su promesa, pero las noticias respecto a su padre giraban en el sentido contrario de la esperanza.

Al preguntar a sus compañeros más cercanos, los del departamento de ventas y administración, la opinión unánime y sin vacilaciones era de cordial, atento y responsable. Uno de ellos, el de mayor trato, llamado Cristóbal, con veinte años de antigüedad en la empresa y buena reputación, le contó el cambio que había experimentado Damián y que a duras penas disimulaba.

—Yo calculo un año y medio. Sí, por ahí va. Era desasosiego, que conozco el percal. ¿Quién no se ha sentido atribulado alguna vez en su vida? Damián arrastraba un disgusto de los gordos, y por mucho que lo tapaba con el trabajo, su actitud distaba de ser la normal. Estaba moralmente agotado; me lo llegó a decir con estas mismas palabras. También empezó a hablar de añoranzas, la infancia, la pandilla, el pueblo; me contaba anécdotas que le alegraban la cara un rato, justo hasta que volvía la nube de tormenta.

—En sus confidencias a usted, ¿le señaló alguna causa, algún culpable? ¿Le insinuó el germen de su desdicha?

—Me aventuro a decir que sus problemas se cocinaban en casa. Y no me equivoco. Su cuñado es un entrometido que lo lleva a maltraer, vamos, un puyero. Yo lo conozco, es simpático, un pincel, y al principio muy afable, de los que si encarta camelan con cuatro frases bien apuntadas y unas invitaciones a pleno pulmón. Es un tipo que ronda el punto débil y se lanza, lo lleva escrito en las maneras. Los últimos meses hacía acto de presencia a la salida, y se pegaba a Damián como una lapa.

—El cuñado.

—Yo creo que la mujer flojeaba por ese lado. Ya me entiendo. Que si la hermana, o sea, la cuñada de Damián; que si los sobrinos. Debían pasar apuros la hermana y su marido. A mí me huele a dinero. Seguro. No es cosa de faldas ni de trasnoches ni de bebida. Yo voy por el tema del dinero.

—¿Le habló el cuñado a usted de Damián?

—Cada vez que nos quedábamos a solas, porque Damián iba al aseo, porque se adelantaba a pagar las consumiciones o porque saludaba a otras personas, me largaba un párrafo, en voz baja, cogiéndome el brazo —Cristóbal recreó el gesto con prudencia— como el que pide la intervención divina para encarrilar al descarriado. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Pero a Damián le ha hecho polvo. Y como las desgracias vienen a pares y en el peor momento, que para eso se han inventado, para colmo su padre enferma de gravedad. Esa ha sido la puntilla.

—¿Le ha llamado desde que se fue?

—Sí, señor. Y me ha dicho que lo del padre pinta bastos —Cristóbal lo sentía de veras—. Que lo tendrán que sacar del pueblo para ingresarlo en un hospital. Pero el padre no quiere salir de su casa sino es con los pies por delante, quiere estar con su gente y en su sitio. Damián y su hermana lo comprenden, está muy apegado a lo suyo. La voluntad hay que respetarla. Exactamente así me lo ha dicho.

Resultaba inverosímil que alguien avisara de una próxima ausencia a su jefe y compañeros de trabajo, esgrimiendo un motivo a todas luces creíble y comprobable, e ignorase a su mujer y prescindiera de sus hijos con el beso de la despedida, consideró Aristo Baler; aunque la mujer y los hijos se hallaran cercados por una estrategia de familia inducida fuera del domicilio conyugal. Nadie sin necesidad se arriesgaría a una persecución por denuncia. Nadie en su sano juicio obraría como un delincuente por una razón que había explicado a terceras personas y que era perfectamente asumible por una familia normal, que hubiera podido acompañarle. Estaba seguro de que también se lo había dicho a su mujer cuando no escuchaban más oídos.

Los preguntados en los establecimientos del barrio que solían recibir la visita de la familia Fajardo confirmaron la presencia esporádica, incrementada los últimos meses, de una pareja que en su momento fueron presentados como la hermana de Herminia, la señora Fajardo, y su marido. Todos ellos coincidieron en la pre-

tensión de malmeter de ambos, en especial él, que era de labia y porte meloso.

—Son correctos, pero les pierde la afición al chisme. Los Fajardo no se parecen en eso.

—¿Les pusieron en antecedentes de alguna situación conflictiva?

—Habladurías.

—Ropa sucia de la que se lava en casa.

Insistió Aristo Baler.

—¿Los Fajardo son personas conflictivas?

—Al contrario.

—Ni los padres ni los hijos.

—Los conocemos desde hace años y no dejan nada a deber ni causan inconvenientes.

—¿Qué les han contado la hermana de la señora Fajardo y su marido?

—Que las apariencias engañan.

—Que él es un egoísta, un tipo hurraño dentro de casa.

—Un amargado que no admite ayudas ni consejos y que no piensa en la felicidad de los suyos.

Hubo manifestaciones de desconcierto.

—¿Les ha pasado algo malo? ¿Le ha pasado a él? Hace días que no le veo al llegar.

Y las hubo en contra de los murmuradores.

—Esa pareja trae doble intención, se lo digo yo que las he visto de todos los colores.

Aristo Baler decidió encontrarse con a Damián Fajardo Pacheco antes de hablar por tercera vez con su mujer.

La bolsa de viaje de Aristo Baler pesaba lo que una muda. En la estación de Chamartín, como hiciera Damián, subió al tren regional que le dejaba a dos manzanas del enlace con el coche de línea. Un trayecto de veintitrés kilómetros por una carretera comarcal daba margen de entretenimiento con el paisaje y los pasajeros. Subieron pocos viajeros en el origen y ligeros de equipaje; tampoco

a lo largo del recorrido se llenó el tren, por lo que el asiento contiguo permaneció vacío. Una comodidad apetecida que no tuvo correspondencia en la segunda fase. El autobús interurbano cargaba personas, objetos y voces, un animado teatrillo del que no se excluyó el conductor, activo partícipe de un toma y daca culinario con los ocupantes de los asientos inmediatos a su demarcación. Hablaban de aperitivos, raciones y tapas a una hora apropiada. Los jugos gástricos de los oyentes brindaron estentóreos por una cercana satisfacción.

Llegado a destino, con el apetito vitalizado, Aristo Baler dejó que el conductor, mostrando su contento a los apeados debatientes, le desgranara la oferta gastronómica de la villa.

—Yo tengo mis preferencias.

—Muy agradecido, Jacinto.

Comió bien y servido rápido y abundante. Jacinto, que disfrutaba con los sabores y los olores de la comida, supo orientar al forastero hacia una fonda con servicio completo.

Sin atraer demasiada curiosidad, cosa posible pero improbable en una población con ochocientos habitantes y dos calles principales, otrora centro mercantil de cierta enjundia. Su intención había sido la de llegar pronto para luego, en una habitación el equipaje y controlado el tiempo y el espacio, ir sin prisa con su idea. Memorizadas las direcciones del padre y de la hermana, caminó de una a otra para que la casualidad le evitara una excusa a terceros. Pero no se cruzó con Damián, y no quiso repetir el callejeo. Entonces fue a casa de Amalia, la hermana.

Le abrió la puerta un niño con los mocos en ristre, los ojos llorosos y la tos en la garganta. Dijo que su madre estaba donde el abuelo y que él no podía salir de casa para no agravar su resfriado ni contagiar al prójimo.

—Muy sensato. Si alguien te pregunta dile que soy amigo de tu tío y que ahora voy a la casa de tu abuelo para ayudar en lo que pueda. Que te mejores, chico.

—Gracias, señor. Y a usted que no le pille.



Una vecina de las que prestan oídos a las aves de paso salió espontánea a su encuentro para ampliar la información.

—¿Pregunta por Amalia?

—Pregunto por la hermana de Damián.

—Están los dos con su padre, que vive cerca.

—Voy a saludar, ya que estoy aquí.

—Yo le acompaño.

—¿Es molestia?

—Nada de eso.

—Pues hace.

La mujer abrochó los botones altos de su chaqueta y se caló las gafas.

—Los conozco de toda la vida.

Había jugado con la difunta Amalia, que puso su nombre a la hija del matrimonio, y dado meriendas al cariñoso Damián, que llevaba el nombre del padre, ahora con la salud quebrada y el pronóstico malo. La mujer andaba erguida a sus setenta años, con la cabeza memoriosa y el afán hospitalario, encantada de recibir el pie para dedicar a su auditorio la semblanza de los Fajardo Pacheco en diez minutos y tono gentil. Una familia de las que gusta tener vecinamente, dijo.

Aristo Baler se presentó como un corredor de comercio que trabajaba para la empresa de Damián, a quien consideraba un amigo del trabajo con el que echar alguna parrafada y algún café. Por Damián se había enterado de la gravedad de su padre y también que marchaba al pueblo para dedicarle atención a la espera de los acontecimientos. Asuntos de trabajo le traían por la zona y estando tan cerca hubiera sido imperdonable no interesarse en persona.

La mujer, que se llamaba Elvira, antigua bordadora en taller y domicilio, gastaba opiniones rubricadas. Pero como no podía extenderse ante el desconocido en lo que duraba el andar de casa a casa, abrevió con sentencias de las que se dejan caer a plomo y resuenan por bajo que se pronuncien: a buen entendedor pocas palabras bastan.

—¿Usted conoce a la mujer de Damián?

—De vista.

Dijo Elvira que la mujer de Damián no se parecía a él y que los hijos del matrimonio habían cogido el carácter de ella, según era notorio al comportarse en los periodos de vacaciones. Vino a decir con muestra de enfado que tampoco su hermana era como la de Damián, y aún peor el marido que se había agenciado. Puso ejemplos entrelazados.

—Un par de apegados al egoísmo, tal para cual, aunque la voz cantante la lleve él. ¿Los conoce?

—De aquella misma vista.

Elvira quería recoger más fruto del paseo.

—¿Ha hablado usted con ellos? Yo sí. Cada vez que vienen les hablo y les calo a mayor abundamiento.

—Yo apenas.

—Antes solían venir más y se quedaban unos días. Para los niños era estupendo, hacían salud, vaya que sí; y a Damián se le alegraba el corazón. ¡Estaba en su sitio! Sí, señor, este es su sitio, a mí me lo llegó a decir con la voz tristoná.

—¿Hace poco?

—Poco y mucho. Hay cosas que se guardan pero que la cara pregona al menor descuido, y se ven claras porque no hay manera de taparlas. ¿No le parece?

—Me parece.

Elvira se pasó un pañuelo por la nariz y la boca.

—Los niños han girado del padre a la madre. ¿Me entiende?

—Lo intento.

—Cuando se llegaban aquí los cuatro solos, es decir, Damián con su mujer y sus niños, primero uno y luego los dos, había armonía entre ellos, y con la familia buenas migas. Pero en cuanto se apuntaron los cuñados y su prole se acabó la felicidad y se fueron acortando las estancias, como si tuviera mal arreglo lo que disputaban, porque claro que disputaban, y a lo que se venía al pueblo no fructificaba —Elvira soltó un respingo irritado—. Gente pre-

sumida, fachendones los llamamos nosotros. Humos y risitas de mírame y no me toques. Muy acicalados aquel par, pero nada de arrimar el hombro. Más vale caer en gracia que ser gracioso, ¿no cree usted?

—Lo creo.

—Pues no dé confianza a ninguno de esos. Hágame caso. Mal negocio hizo Damián con los disgustos y los pesares. Estas malas cosas quiebran la salud.

Gallarda y atenta, con el pañuelo en ristre por una inoportuna afección, le condujo a la misma puerta.

—Muy amable, Elvira. Tomo nota de sus advertencias. Hay que ir prevenido por la vida.

Llamó al timbre. El sonido ronco del aviso trajo a una mujer afligida, ojerosa, apartando de la cara un mechón despeinado de cabello pardo. Volvió a presentarse como el corredor de comercio amigo de Damián que ha parado en el pueblo para interesarse por la familia.

—¿Es mal momento para saludar?

—Las atenciones son siempre bien recibidas. Voy a por Damián que lo agradecerá.

La mirada de Amalia escribía un texto fúnebre.

Languidecía la tarde con aire serrano. Damián apareció con el cuerpo flojo que recordaba Aristo Baler en la ascensión por la Castellana, el aspecto cansado y un atisbo de extrañeza.

—¿Quién es usted?

Preguntó con tono de reserva. Obtuvo una sucinta respuesta que le obligaba a reconfigurar el panorama. La amistad que se despacha ocasionalmente en el ámbito laboral cuesta de introducir en un plano íntimo.

Aristo Baler le pidió que cogiera su chaqueta y saliera de la casa.

—Vayamos a dar un paseo o a tomar un café, como dos viejos conocidos que han de tratar asuntos pertinentes.

Damián Fajardo Pacheco sintió el escalofrío de la inquietud. Pero su intuición le dictaba que poner objeciones sería perjudicial.

—¿Cómo está su padre? Hábleme con toda libertad.

Damián respiró hondo el aire que le evocaba unos años felices. A perro flaco todo son pulgas, se dijo más temeroso de un presente de agonía y noticias temibles que de la añoranza.

—Lléveme donde le conozcan.

Los nervios de Damián dibujaban una sonrisa tragicómica en los labios.

—¿Le gusta el café de puchero? —preguntó a su desconocido amigo del trabajo.

—Me acuerdo que me gustaba.

—En ese bar lo tomo yo.

Los parroquianos habituales levantaron la vista del tapete y el oído de la mesa para saludar a Damián y reparar en el nuevo, el hombre de fuera que había llegado a mediodía con poco equipaje y el verbo ajustado.

Aristo Baler rehusó el azucarero.

—Sabe bien al natural.

—A mi mujer, que es muy cafetera, le gusta amargo. A mi hermana que no lo es tanto lo que le gusta es prepararlo ella y servirlo a los invitados con un toque dulce.

—Buena costumbre. Por cierto, ¿hay teléfono en casa de su padre?

—Sí. ¿Necesita usarlo ahora?

—Necesito que lo use usted después. Ya le indicaré —Damián removió su café con el pulso agobiado, el estómago en danza y la cabeza en dos casas—. Hábleme de su mujer y de la familia de su mujer —animó Aristo Baler—. Estoy componiendo el retablo. ¿Quiere que nos sentemos?

—Prefiero estar de pie. Aunque parezca mentira me sostengo mejor.

Y aún mejor andando, sabía Aristo.

Empezó a contar su historia por el capítulo de cierre. A principios de agosto del año en curso se inscribía la última visita con la familia al completo, la carnal y la política. Damián Fajardo padre

ya daba síntomas de buscar la querencia de las tablas, se le escapaba la vida por el grifo del acertado diagnóstico facultativo, por lo que desprovisto de muleta y estoque darse a la lidia contra la enfermedad era una quimera. Lejos de confortar con una presencia cariñosa, de pretendida armonía con la que confortar a los sufrientes en el pueblo, acudieron con cartel de velatorio y una sarta de recomendaciones de liquidación por fin de ciclo, excepción hecha de Damián que hacía las veces de puente colgante entre las orillas rivales, mareado con el balanceo e incrédulo de la conclusión acechante.

La voz cantante de la «solución a tiempo» la llevaba su cuñado político, experto en cacareos de gallito y artificios varios de los que confunden y atosigan con esa precisa finalidad. Muchas veces se había preguntado Damián por el ascendiente que a diario ejercía sobre su mujer, y que solo cabía explicarse a partir de la sumisión hacia los designios de su díscola hermana desde que eran chicas. Había intentado razonar con ella armado de comprensión, pero ella eludía afrontar su responsabilidad y se zafaba de las posturas encontradas con un silencio tajante. No había nada que discutir. Herminia escuchaba sin mudar la expresión lo que quisiera decirle sobre el marido de su hermana, el hombre que su hermana amaba, porque el atender a preguntas relacionadas con la pareja era uno de los débitos maritales incluidos en el contrato. Estaba obligada a recibir con aceptable disposición todas las cuestiones vinculadas a la constante presencia en sus vidas del hombre que dominaba el corazón de su hermana: ¿por qué metía baza en lo que fuera?, ¿por qué lanzaba sus opiniones directamente a la conciencia de los demás?, ¿por qué sumaba siempre en su casillero?, ¿quién le había concedido la bula para inmiscuirse? Herminia dejaba que escampara, callada sin otorgar, las manos entrelazadas, pensando en otra cosa. Damián acababa por arrojar la toalla y se retiraba en silencio a un espacio de la casa libre de intrusos. A solas un rato, se interrogaba por la causa de que la hermana de su mujer y su inefable marido, la salsa de todos los platos, hubieran copado el ámbito

familiar, las conversaciones íntimas, que volaban de boca a oído, y las decisiones luego sometidas al juicio de la instancia superior. Nada en su casa se validaba sin el refrendo de los cuñados.

—Incomprensible —murmuró Damián—. Desesperante.

Aristo Baler degustaba su café de puchero en taza de barro, como Dios manda sea servido al paladar.

—¿Usted y su mujer no tienen vida privada?

—Como yo quisiera no. Me duele confesar que nunca hemos sido un matrimonio sino dos parejas con una de ellas dividida por la mitad. Imagine cuál. Desde novios ha sido grande la influencia de Fidel. El que entonces aún no era oficialmente mi cuñado mandaba como un patriarca donde se le abría la puerta, zalamero él, tocado por la gracia de la relación. A mí también me caía bien y hasta me alegré al principio de tenerlo en la familia.

—Entró con buen pie.

—Sí. Y bien que entró, con paseíllo y banda de música, que supo ganar puntos a raudales en esa primera época. Las únicas reticencias vinieron de mi hermana Amalia y de mi padre, que de modo sucinto y sin eco me mostraban la cojera de mi mujer. Yo me casé enseguida, a los dieciséis meses de noviazgo empezamos la vida conyugal, aquí en el pueblo, en una casa situada a las afueras, habitable con pocos arreglos para empezar, que conseguí por un alquiler económico. Estaba ilusionado.

Amalia había crecido en un entorno similar, a cuarenta kilómetros de distancia en la misma provincia, pero con menos recursos para sostenerse en su familia. Era graciosa de talle y maneras, de aspecto sano, algo retraída más que prudente, hacendosa, dada a la obediencia filial y apenas soñadora. De sus aspiraciones contaba lo imprescindible y nunca más allá del estricto realismo, como si dependieran de otros manantiales para que corrieran por el mundo. Podía intuirse que dejaba una jugada al azar, y si había suerte su porvenir entero.

Damián vio lo que vio y fue suficiente para solicitar un compromiso. No era un arrojado conquistador, en ningún sentido, más

bien se confundía de timidez y recolectaba paciencias, que la hora llega si ha de llegar y cuando lo hace se nota. A Damián no le cambió la vida el compromiso, lo contrario que a Herminia, y en mayor medida a su hermana, Sonsoles, que se apresuró a encontrar un remedio a la escisión forzosa. Ellas dos estaban muy unidas según todas las versiones, esas mismas que corrido un velo de localista urbanidad marcaban la diferencia de caracteres de una y otra y de ambiciones en la una y la otra. Cuando apareció Damián la familia de su futura esposa, venida a menos salvo en las ínfulas, sopesaba trasladarse a Madrid en busca de fortuna. Su historia en el pueblo no escribía nuevas páginas de aliciente ni esperanza, desvaídas las antiguas, era un simple pasar cada día más anónimo e indiferente en el vecindario. Sonsoles no se resignaba a convertirse en una flor marchita, para lo que aún quedaban años, a merced su auxilio de un capricho rancio, de una pasión olORIZADA de grano y cabaña. Sonsoles tenía claro que al destino hay que empujarlo y que la ocasión la pintan calva. Conocía muchachos de ciudad y también de Madrid, tratados esporádicamente, por no haber otra opción, a los que caía en gracia, a los que no hacía ascos, por los que se dejaba querer, y con los que, mientras no hubiera una oferta más tentadora, apostaba para dar el salto.

La margarita la deshojó Fidel. «Tú conmigo». Parecían hechos a medida, la cara y la cruz de la moneda dorada, como dos almas gemelas que fundidas en una a repique de campana solo hablan por una voz y solo actúan por una voluntad, fresca y envolvente. Las pocas mañanas de Sonsoles, y su notoria coquetería, realzaban el donaire de Fidel, al que para sentar cátedra incorporaba una charla cosmopolita. «Tú y yo ganamos».

Fidel era un hombre varonil, elegante, avisado. Sonsoles comía de su palma, cautiva de amores, encantada con su suerte, resplandeciente embajadora del caballero blanco, y los por aquel entonces involucrados atendían con deferencia las sugerencias que su magisterio formulaba con estudiada prelación: «Yo creo...», «Podemos...», «Deberíamos...», «Yo que tú...».

—Se dirigía a mí con afecto, me valoraba en mi trabajo, se ofrecía a participar en futuras empresas que ambos pudiéramos concebir. «¿Con quién mejor que con la familia?», nos decía. Era un lisonjero que iba con segundas, muy pensado lo que haría, pero no fuimos capaces de verlo. Desde luego yo no fui capaz.

Aristo Baler y Damián Fajardo Pacheco regresaron al hogar paterno. Anochecía en un cielo despejado de otoño. Las lejanas luces del firmamento, apagadas por el Sol, despertaban a la próxima oscuridad donde reinarían sin la intromisión de la Luna. Proyectada en el suelo y las paredes por el alumbrado de calle en el mundo pequeño, la sombra del investigador infundía respeto.

—Tontos no éramos, pero confiados un rato largo —admitió Damián—. Yo el que más. Se oyen tantas cosas por todas partes que al final uno se queda con lo que quiere creer, y no parecía sino que la envidia disparaba a ciegas. ¿Pero qué envidia?, digo ahora, ingenuo de mí. Yo me protegía de los cuchicheos y de las insidias dejando que corrieran hasta el agotamiento. ¡Eso no va conmigo! ¡Eso a mí no me va a pasar!, se piensa, si es que se piensa en eso. Yo lo pensaba sin pensarlo, porque es verdad que alguna vez me dolió la cabeza dándole vueltas a historias contadas de aquí y de allá y poniéndome en la piel de los perjudicados. Fidel tenía fama de negociar con el dinero ajeno, es lo que se rumoreaba con insistencia, lo cogía y desaparecía; pero yo lo veía delante de mí, atildado y ufano, tranquilo, saludando a diestro y siniestro, amigo a prueba de fuego. Alguien en busca y captura tiene que actuar diferente, me decía yo. Serán envidias, celos, que los hay en todas partes. Eran otros los engañados y eran otros los que habían matado o los que habían muerto. Otros, otros. Cuando el río suena agua lleva. Qué va, qué va. Patrañas, me convencía.

La fachada de la casa paterna lucía arreglada y la acera limpia.

—¿Hay de dónde sacar?

Damián expelió un aliento contrito.

—Sí, señor; hay. Una casa, esta, con sus muebles y enseres, de valor sentimental más que material para mi hermana y para mí,



pero también cuantificable en pesetas. Una tierra de labor que año-  
ra mejores tiempos y unos ahorros a buen recaudo.

Damián acudió a ver al enfermo. Su hermana, Amalia, atendió  
a la visita con fases protocolarias.

—Pase y siéntese.

—Gracias. No quiero causarles molestia.

—Ninguna, hombre. Buen detalle ha tenido usted con noso-  
tros. ¿Se quedará a cenar?

—Lo hablo con Damián. Ya viene.

Amalia dijo que iba a su casa y que volvería cuando le avisaran.

—Estamos a tocar —se despidió.

Aristo Baler preguntó a Damián por su padre.

—Igual.

—¿Duerme?

—No oye apenas y he dejado la puerta entornada.

—Si oye habrá otro testigo. Quiero que llame a su mujer conmi-  
go presente. Hable de manera que yo le pueda entender.

—Sí, señor.

—No mencione mi visita.

—No, señor.

—En cuanto le haya saludado como tenga costumbre inicie una  
conversación relacionada con la salud de su padre, yo me acercaré  
para escuchar por el auricular si es la voz de Herminia, y una vez  
comprobado me retiraré a una esquina para que ustedes traten de  
lo que precisen como si yo no estuviera. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Póngase ahora. ¿La encontrará en casa?

—Si no contesta llamo a su hermana. Pero yo creo que ahora  
estará.

Damián tragó saliva y marcó despacio el número de su casa  
madrileña. Mientras esperaba que Herminia o uno de sus hijos  
atendiera la llamada, y le evitara telefonar a sus cuñados, le pasó  
por la cabeza su vida de novio y de casado con amonestadora ni-  
tidez y compás de latido nervioso. Antes de que Herminia des-

colgara tuvo tiempo para reprocharse un montón de cosas y para convencerse de que algo muy deteriorado, y más la confianza, no se arregla por intercesión de la providencia ni con buenas palabras; el favor hay ganarlo.

En diez minutos había concluido la prueba pericial. Aristo Baler cruzó su mirada con la de Damián, que volvía a deshacer el nudo de su garganta, y asintió.

—Me voy.

Damián se apartó del teléfono.

—Me ha costado... Hubiera querido ser sincero, ya ve usted.

—Tendrá ocasión a su regreso. Dé saludos a su hermana, de parte de un compañero de trabajo, recuerde. Y deseo que su padre mejore.

—Gracias... Será un milagro.

—No pierda la esperanza. Adiós, Damián.

Damián tuvo una inspiración.

—Espere.

Aristo Baler desvió su mirada a la habitación del moribundo. La casa olía a hogar cuidado.

Damián se acercó.

—¿Tiene que irse ya? —preguntó con la voz quebradiza.

Aristo respiró la tenue fragancia a despedida que incorporaba el olor a limpieza y desinfección.

—Mañana a las siete subo al autocar —dijo sincero.

Damián carraspeó. Se frotaba distraídamente las manos.

—Quizá le parezca tonto... —Aristo sostenía su mirada en las agitadas facciones de Damián—. Disculpe mi atrevimiento... No sé...

—Dígame.

Damián aligeró la presión en sus manos.

—Le he hablado de la parcela de labor que mi padre cultivaba. Y mi madre, mis abuelos, mi hermana y yo también la hemos trabajado. Aún no he ido, la situación no me permite muchas licencias, y quiero hacerlo en vida de mi padre. Ahora más que nunca

necesito sentir esa tierra por mí y por él. Pase lo que pase, ya nada será como antes. ¿Me acompaña? Usted parece entender el significado de nuestros apegos.

—¿Esta noche?

—O al amanecer, si lo prefiere.

Aristo Baler inclinó su cabeza en dirección a la habitación del enfermo.

—Me llama el amanecer. ¿Dónde quedamos?

Se respiraba un fresco vivificador a las cinco y media de la mañana.

—¿A usted le gusta el frío?

—El que no congela el alma sí me gusta —respondió Aristo Baler.

Damián Fajardo Pacheco conducía el robusto vehículo del padre, un clásico Land Rover Santana, modelo 109 de dos puertas, hecho a las cargas agrícolas y a los caminos que desgastan las mecánicas frágiles. Damián había adecentado la tapicería a fuerza de cepillo y eliminado en lo posible el olor a forraje y cosecha, a perros que retozan el campo cuando no se les cita a otro menester y a tierra labrada.

El traqueteo en el habitáculo aumentó al enfilear la senda agropecuaria.

—Enseguida llegamos. De no tener usted prisa le hubiera propuesto andar. De casa a la finca hay cuatro kilómetros, pero por el atajo que nosotros llamamos de las mulas se acorta. El camino se ha ido arreglando para el paso de los vehículos a base de echar grava.

—La pista es transitable.

—Con lluvia y barro desliza y clava, ya se sabe; entonces hay que volver a rellenar y compactar. Antaño este camino se utilizaba para los menesteres de transporte antiguo y de conducción del ganado. Lo estoy viendo con mis ojos de crío: las pobres mulas resbalaban a la vuelta de los campos, cuesta abajo y a tope de carga los cuévanos. Y si los animales trompicaban, imagine las torceduras y

caídas de los humanos, los reniegos y los cálculos rudimentarios para sostenerse en vertical y que la mercancía llegara sana.

—Los animales de cuatro patas no corren riesgos inútiles.

—Esa es la verdad. No valía la pena el sacrificio de hombres y bestias por ganar unos minutos al día y unos metros a las casas. Se aprende tarde a entender lo más simple.

—Lo que no les pasa a los seres irracionales, que nacen sabiendo lo elemental.

—Ya estamos.

La finca dormitaba en un abandono tutelado.

—No se decepcione.

Damián mantuvo encendidos los faros que enfocaban una rústica arquitectura de labor, estrictamente cuatro paredes y un tejado, puerta, poyo y ventanuco, la cisterna, y un tramo de la linde de piedra occidental.

—Es lo que es —dijo Aristo Baler.

Pisaron aquella parcela de surcos por la carrilera que pies, carros y neumáticos le habían fraguado en constantes visitas.

—Entre conmigo.

Un mobiliario rústico, sobrio y mínimo, con un candil como fuente de iluminación artificial. Encima de la mesa Damián puso su mochila. La abrió y extrajo las viandas de chacina para el desayuno y una torta de aceite, queso curado, dulces de sartén, vino de barrica y un termo a rebosar de café con leche.

—Esto es un agasajo —sonrió el invitado.

—El desayuno es una comida seria en el campo. Si se madruga para trabajar, además de recibir la ayuda de Dios, como nos enseñaron de chicos, hay que llenar el estómago para rendir incluso cansado y ahíto.

—Con tal abundancia en la despensa reza bien lo de que donde comen dos comen tres y hasta diez.

—Vamos por el agua a la cisterna. Es de la que el cielo provee. Bebieron un vaso cada uno.

—Es de las que sacian la sed y abren el apetito.

—Luego pruebe el vino —invitó Damián—. Es tan natural como el agua y casa mejor con los alimentos.

—Con el sólido le echaré un tiento a la salud de su padre.

Damián sentía una pérdida todavía no materializada.

—Gracias en su nombre. El vino es de nuestras vides y de otras del término. La bodega es modesta y la producción íntegramente destinada al consumo propio y algún obsequio de esos que se agradecen.

—Ustedes se lo guisan y ustedes se lo comen. Al estilo de Juan Palomo.

—Sin faltar a la honradez ni a la palabra dada. Y sabrá por qué lo digo.

Tomaron asiento en rústicas sillas de anea destrenzadas por el envés. Damián cortó el pan y los embutidos, sirvió el vino y dispuso el ambiente.

—Coma y beba mientras le cuento, haga el favor.

Damián necesitaba liberarse de las úlceras que por años de transigencia y concesiones, de las que nunca estuvo completamente seguro del beneficio para él ni su familia directa, le rasgaban las entrañas.

—Las cosas que han de venir se ven si se quieren ver —dijo tras distribuir las viandas—. Fidel, ya de novio de la hermana de mi mujer, era un tipo de cuidado, embaucador y de mala fama, de los que negociaba con el dinero ajeno y desaparecía dando excusas y alargando apaños si lo pillaban. Pero como nació con estrella, zalamero de los pies a la cabeza, vestido impecable e hijo de ciudad, engatusador de oficio, pese a sus fechorías nadie le entraba por derecho para acabar con los fraudes y sacarle los colores de una vez por todas. De una u otra manera compensaba la quiebra con una promesa que brilla como un relámpago, que deslumbra y amansa y tengamos la fiesta en paz que mañana se arregla todo. Unas risas, unos vinos, unos apretones de mano, unas frases llenas de presunciones y contactos a futuro espléndido de los que resueñan en los oídos y a seguir la vida.

Una vida furtiva la de Fidel, a salto de mata y alerta para eludir el cerco de la justicia, a la que se incorporó Sonssoles como si cumpliera otro de los débitos conyugales.

—Lo que le digo: no hay peor ciego que el que se tapa los ojos. Le gustaba engañar al prójimo con negocios y transacciones de muy diversa índole, lo mismo con su mujer y sin el menor recato al pregonarlo. Tanto es así que varias veces le llegó a Sonssoles el rumor y la confirmación, pero ella no se dio por ofendida y tachaba las delaciones de maledicencias de envidiosos. A Herminia, que es su hermana, le llegó a decir que le venía con esos cuentos de chismosas porque le hubiera gustado casarse con un hombre como Fidel y no con un patán como yo que nunca dejaría de oler a hierbas y establo.

Damián y Herminia tomaron el camino de Madrid por la insistencia de ella. El mundo de la gran ciudad, tan lleno de posibilidades, tan variado y tan distinto a la vida rural que ara la tierra y alimenta el ganado, relumbraba en la imaginación de Herminia, bien caldeada por la propaganda de Fidel y Sonssoles que ya se han casado. Lo que era un deseo para Herminia no había sido ni una remota aspiración para Damián, pero quiere a su mujer y por eso la complace. En breve se mudan, un poco a la aventura y de prestado, con las obsesiones capitalinas de los cuñados merodeando cualquier titubeo. Han conseguido vivienda, un piso elegido por Herminia, cerca de su hermana; nada parecido a lo que disfrutaban en el pueblo. A Damián se le hace pequeño el gran mundo, muy estrecho y monótono el paisaje y muy difuso el horizonte. Pero quiere a su mujer y quiere mejorar en todos los ámbitos —se lo repite mil veces a las advertencias que hablan alto y fuerte al oído, a su corazón y a su estómago—, y por eso se ha liado la manta a la cabeza y firma el contrato.

Es el primero de los papeleos. Hay que reponer existencias, el dinero en Madrid vuela a la velocidad de los vencejos, los reclamos abundan y, posible o imposible, a Damián le parece que nadie quiere ser menos ni tener menos que su prójimo.

En el pueblo han quedado su padre y su hermana, las casas respectivas, y la tierra de labor con su refugio y los recuerdos de una vida que a distancia de ciudad no concibe.

El dinero sale con facilidad de los bolsillos, pero Damián cuenta con una valiosa reserva ganada a pulso, de su libre disposición, para lo que precise su familia. ¿Qué familia? Cuenta: él, su mujer, su hijo..., sus cuñados. Ha encontrado trabajo, a un hombre como él le salen los empleos con solo buscarlos; es honrado, puntual, eficiente, discreto, tiene oficio y maña, conoce cuál es su sitio y sus obligaciones, se esfuerza, no intriga, cuida su salud. Ha aprendido de sus mayores: hay que valerse por sí mismo y hay que huir de los desaprensivos; la memoria le falla en la segunda parte de las reglas.

El hogar de los Fajardo prospera con la estabilidad que conlleva la distribución de tareas. Reina el optimismo ahora que han superado la fase de adaptación. El horizonte es amable y el viento sopla de popa. Herminia está contenta, y embarazada de su segundo hijo; las noticias alegran a la familia en el pueblo. Damián adquiere confianza con sus responsabilidades. Lo peor, si lo hubo según el concepto universal, ha pasado. Hasta que en la felicidad se inmiscuye un proyecto nacido de una estafa.

Fidel ha convencido a Sonsoles, qué fácil le resulta poner en boca de su mujer las ideas que le empujan a actuar. Sonsoles no tarda en convencer a Herminia, de hermana a hermana y me lleva la corriente; pero Sonsoles no encuentra la tecla que active la receptividad de Damián y demora su respuesta afirmativa que los cuñados esperan como agua de mayo. Llueve por fin sobre el secarral, Damián ha accedido a compartir negocio con su cuñado. ¿Qué clase de negocio?, preguntó a Herminia. Un negocio seguro, lo tiene muy pensado el proponente.

Una representación de maquinaria para la hostelería. Un sector en auge, animó Fidel a su socio capitalista. Durante unas semanas la sociedad funcionó de acuerdo a lo estipulado y en consecuencia el negocio. Al cabo de ese tiempo que no superó los tres meses, Fidel, el relaciones públicas de empaque y artífice de las operacio-

nes venideras, se descolgó de la rutina, varió su agenda y horarios y evaporó los beneficios en aras a una ampliación de cartera y objetivos.

Mucho gasto superfluo, se quejaba Damián a Herminia. Sonsoles y Fidel vivían a lo grande, funámbulos sin red bajo sus humos, equilibristas al fiado y al sablazo de los que nacen y mueren en veinticuatro horas de trampas y esquivas. Sonsoles criticaba a Herminia su estoicismo, «solo se vive una vez», «¿no tenéis bastante?», «hay que darse homenajes que las sacudidas se presentan sin llamar», y frases similares que llegaron a convencer a Herminia de que ella y su marido vivían indebidamente en una reclusión conventual.

—¡Fíjate en nosotros!

Herminia dirige su mirada hacia esa ajena forma de vivir, hasta entonces cuestionada en privado, en la que de súbito descubre la fantasía y el oropel de los cuentos felices. Sonsoles es guapa, simpática y vivaracha, se ha convertido en un apéndice mundano. Al rebotar la imagen en el espejo, Herminia ve una manifestación de sí misma simplona, pobre con esmerado disimulo, recobrada de un pasado del que su hermana se había despedido tiempo atrás, como de su modesta familia y del pueblo incrustado en una hoya. ¡Levántate y anda!, mandaba Sonsoles en posesión de la verdad, dile a tu marido que no sea cicatero contigo. Le tenía que decir a Damián que se contagiara de las iniciativas de Fidel. Se lo dijo, le infiltró el reproche, y cuando aupada por la grave expresión de Damián, que era la más frecuente en su rostro al tratar según que asuntos pero que permitía obtener ventaja en las decisiones de pareja, quiso sacarle un aprobado, que ya rozaba con los dedos, él le puso en antecedentes del negocio de hostelería y de las bravatas de Fidel al hablar desconsideradamente de sus flirteos. Fidel pasaba de trabajar, mentía en lo referente a sus relaciones y contactos, pero vigilaba las entradas en la caja y que no faltara dinero para sus gastos de representación. Herminia no podía creerlo, ¡con lo que había insistido Fidel, también Sonsoles, para tener un negocio propio! Con nuestro dinero, le recordó Damián. Dijo nuestro y no



suyo. Esperó unos segundos y le contó lo que Fidel iba presumiendo sobre las mujeres que atraía, Tenorio de opereta, y en las que gastaba lo que no ganaba ni rendía cuentas.

A Herminia le cayó encima un velo de pesar. Todo su gozo en un pozo. Ni por un instante dudó de su marido, él jamás la engañaría en nada. Sintió un desagradable estremecimiento. ¿Y ahora qué?, preguntó. Damián le dijo que quería dejar el negocio, les vulneraba la sociedad con Fidel y el comercio con las máquinas para la hostelería que él como podía intentaba vender para recuperar la inversión y hacer tabla rasa. Buscaría un trabajo acorde a sus facultades y olvidaría esa etapa que llevaba malas trazas para su hogar. Tú no eres como Sonsoles ni yo como Fidel, también le recordó.

Parecía resuelto el incidente, pero fue al contrario. En cuanto Herminia habló de esto con su hermana, Sonsoles puso el grito en el cielo y una escenificación digna de mejor causa en defensa de su marido por todos los agravios que se le vertían. Fidel no era un mujeriego, no la engañaba; Fidel era muy trabajador, y tenía clientes de mucha calidad, pero ya se sabe que las cosas de palacio van despacio y que la miel no se hizo para la boca del asno. Herminia pasó por alto las alusiones, en un mal momento se sueltan por la boca sapos y culebras que ajan la fraternidad, y ella lo que pretendía era poner concordia sin levantar ampollas. Recalcitrante, Sonsoles negaba la mayor en todas las acusaciones, enfurruñada y a una tos de agredir con las garras. Pero la evidencia es una luminaria que no eclipsa el orgullo a la defensiva o la vanidad altisonante. «Fíjate en nosotros», le había espetado Sonsoles al comparar los estilos de vida. Herminia se fijó a lo que da el ojo en el decorado nuevo: muebles, visillos, ropa de cama y lámparas, un reloj de aparador que se hace notar y dos zapateros. ¿Otro cambio?, preguntó. Otro más. ¿Cómo lo hacéis?, se le escapó. Lo supo por Damián, que recibía los encargos y las letras que vencían sin ser satisfechas. Unos meses de disfrute y el camión de las mudanzas devolvía el género a su lugar de origen con mermas por el uso y excusas huecas de los morosos a unos vendedores cariacontecidos que nada

podían interponer ante la flagrante tomadura de pelo por parte de los insolventes. Había muchas tiendas en Madrid, y muchas alrededor de la capital, para sacar partido dejando en ridículo a los confiados vendedores, y lo normal es que a los establecimientos que cerraban, porque los negocios suben y bajan, se liquidan y traspasan, les sucedieran otros con ilusiones renovadas y sin registro de morosos.

Así no se puede vivir, se atrevió a reconvenirle Herminia casi elevando la voz. Lo que añadido a la negativa de Damián a seguir financiando los dispendios de sus cuñados —harto del mango-neo cortó el hilo y eso le produjo un enorme bienestar—, alteró los planes de Fidel y Sonsoles a quienes devolvió a una punzante realidad. Y les agudizó el ingenio un minuto después. Tenían que conmover a la asombrada Herminia y al reacio Damián para presentarse como unas víctimas de la fatalidad: «¿por qué nos salen mal las cosas?», «¿es que no merecemos un poco de suerte, una ayudita del destino?», «¿a quién hemos hecho daño, a ver, a quién hemos perjudicado con esa intención?». De la necesidad hicieron virtud y acudieron al plan de emergencia que era el de confesar la verdad. Un acto de sinceridad espontáneo conmueve a los incrédulos, aún más, derrite el hielo; hay que ser de piedra para negar el pan y la sal a tus hermanos, hay que ser ruín y descastado para tapar los oídos a la llamada de la sangre en un momento de apuro. Regado con llanto, táctica escénica dominada por Sonsoles. Implora a Herminia que les ayude a superar el bache, igual que ella tiene hijos menores, inocentes de los vicios de sus padres, esgrime sus defectos como saetas que se le han clavado en el pecho, sufre, se desespera, y suelta lágrimas: esto nos incumbe a nosotras, apela a Herminia. Cosa de hermanas, los hombres al margen, ellos no comprenden, no comparten los mismos sentimientos; es cosa de madres, señala el vientre, mira a los ojos, ruega. Si supiera trabajar buscaría un empleo, fregar escaleras, cuidar enfermos y discapacitados, pero Fidel no quiere verla servir y ella obedece.

Herminia cede, regaña, pero se compromete a moderar la angustia. Piensa a solas cómo escamotear unas pesetas a la libreta de ahorros sin que se note el desvío de fondos. Se le ocurre achacar el mayor gasto doméstico al incremento de la cesta de la compra: los niños están en edad de crecer, comen lo suyo, hay que vestirlos, la de ropa que desgastan, y ciertas prendas de temporada parecen artículos de lujo; y en rebajas no existen.

Damián cree lo que oye, la vida está cara, la vida siempre es cara para el que la paga con el sudor de su frente. Ha encontrado trabajo, pronto y bien, le gusta su rutina, confía en el futuro porque se sabe capaz de afrontarlo. Quizá algún día se instale por su cuenta, él solo, sin cuñado haragán y manirroto; trabajar por cuenta propia es una aspiración que mantiene intacta. La administración del hogar la lleva Herminia y él se centra en su trabajo; reparto de tareas para el mutuo beneficio.

Herminia ayuda a su hermana, cuñado y sobrinos; se dice a sí misma que lo hace por los niños, qué culpa tienen ellos; quiere convencerse de que no traiciona a su marido, pero el huroneo en el estómago se empeña en amargarle las buenas acciones. Sonsoles le acompaña a la compra, pide y coge; al principio comedida, después discrecional y por último exigente; al principio es comida, después también ropa y enseres y por último gasolina, caprichos y extras. ¡Tienen que vivir como personas! Herminia protesta por lo bajo pero no cierra el grifo. A sus hijos les falta eso y esto, no van a ser menos que los demás niños, ni que sus sobrinos, por ejemplo; a Fidel le urge esto y lo otro, imprescindible para asentarse en un negocio que los va a catapultar —a vosotros y a nosotros, anuncia con la voz decidida—; y a ella, la hermana pizpireta, le iría bien esto y aquello para conservar la hermosura y la gracia que aun siendo dones de la naturaleza hay que reforzarlos materialmente.

Herminia no sabe poner coto a las demandas, intuye el problema que le va a caer encima y el disgusto que le acarrearía a Damián. Pero sigue y la cuenta de ahorro se resiente. Era inevitable que Damián notara el cuarto menguante en la economía familiar.

Lo peor cuando estalló la tormenta es que Herminia no pudo ni siquiera aducir que el aporte financiero había proporcionado un negocio rentable al casquivano Fidel. ¿Tú no podrías colocarlo?, pregunta Herminia a Damián. ¡Sabes lo que pides! Damián no va a jugarse el puesto de trabajo, Fidel el caradura es una rémora y una garantía de fracaso para su avalista. Damián está en lo cierto, admite Herminia sin palabras, pero Fidel presiona a Sonsoles y esta a su hermana; Herminia suaviza la negativa de Damián sin abrigar esperanzas de cambio. Fidel aprieta, Sonsoles eleva el tono y Damián supervisa la economía doméstica, lo que molesta a Herminia; ella se siente en alguna medida culpable pero no inválida para administrar el hogar. Flaquea con su hermana, le reprocha Damián, y no añade al cuñado y los sobrinos —que han salido a su padre— para no avivar la hoguera. La discusión persiste, crece al calor de los rencores, adquiere proporciones de pelea. En esas y por la retaguardia, Sonsoles, desprovista de sustento contante y sonante, acude a la compra de fiado en las tiendas de comestibles y ropa que conocen a Herminia: mi hermana pasará a abonar la factura.

Tarda en descubrirlo Herminia, ¿se hace la tonta?, pero calla la treta a Damián, solo le faltaba esa mecha. Hay un nuevo conciliábulo entre las hermanas a espaldas de Damián, con Fidel al quite y asediado por deudas y amenazas, ellas quieren encontrar una solución que satisfaga a los enfrentados sin zanjar el problema. Son varios y acuciantes los problemas, recuerda Fidel, escenifican los sobrinos, comparten los primos. La solución siempre es la misma, una herencia repartida. A Damián le pitan los oídos y lo que suena no es el zumbido de la sangre sino el cuento de la lechera en versión esfuerzo ajeno. Con el dinero que proporcione la venta de las tierras y la casa del padre desaparecen los agobios. ¿Hasta cuándo?, es la pregunta que la conspiración prohíbe. El presente es un periodo largo y pleno de vicisitudes que usurpa al futuro todos sus días menos uno. Esa es la única solución factible y Damián el único pertinaz obstáculo, La correlación de fuerzas inclina la balanza. Herminia cede, se suma a los demandantes.

Es un gandul y un chulo, un aprovechado con palique, un fraude que pide y gasta lo que nunca ha dado ni nunca ganará, le recuerda Damián a su mujer quién es Fidel. Frente de arietes agrupados en contra de la piedra en el zapato. Herminia tiende a la súplica, Sonsoles apela al instinto fraterno con deje sibilante y Fidel a la coacción; de perdidos al río, acuerda el trío del expolio.

¿Por qué pegas a tu mujer?, reprocha Fidel a un atónito Damián: ¿quién dice eso? La pregunta te la hará a ti la Policía cuando les lleve la denuncia. ¿Qué denuncia? Damián maldice el día que Sonsoles se echó en brazos de ese sujeto infame.

La Policía no tiene constancia de maltrato, ha sido un farol. Pero Damián sospecha y no está tranquilo, la confianza en Herminia continúa a la baja como el manto opresivo que le aplasta el ánimo.

¡Vender, repartir y olvidar! ¡Tú padre que vaya a vivir con sus hijas, para lo que le queda! Es una pesadilla que no cesa al despertar ni remite a lo largo del día, mes tras mes. Damián se lamenta a oscuras y en silencio, en una vigilia de acechos. Debido al asalto coordinado en él se ha incrementado su amor a lo propio: su padre, su hermana, la casa y la tierra dependen de su fortaleza, exagera, pero los sueños también le acosan con su carga de premonición.

Fidel dice a Herminia que su marido, el tosco labriego que camina de puntillas por la ciudad, es un muro de incomprensión y egoísmo. Prefiere a esa gente del mundo cenagoso, como si la sangre fuera su única fuerza motriz, que a su mujer y, aún peor, a sus hijos. Es un dardo al sentimiento de Herminia que hace diana. Tu marido, prosigue el acusador Fidel, impide vuestro progreso —selecciona el pronombre de la terna—; tu marido no escucha vuestras voces, prefiere aquellas lejanas y rancias. ¡Cómo se divierten ellos a tu costa, a nuestra costa!

Damián cree que flota en un vaho sofocante, es una sensación irreal. Se pregunta qué ha pasado, se pregunta por qué a él, se pregunta hasta cuándo. Su hermana le informa de la gravedad, los disgustos y los desengaños parece que se transmiten por el pensa-

miento y provocan estados de tensión que aceleran los procesos degenerativos en su padre. ¿Puedes venir? Irá enseguida.

Se lo cuenta a Herminia y ella atisba en esa desgracia para su marido el remedio a las irreconciliables diferencias: si el anciano enfermo muere sus posesiones caen del pedestal una tras otra, efecto dominó se llama. Damián va a ir solo, es lo procedente. La excusa perfecta para la puntilla, pergeña Fidel. Asiente Sonsoles, activa en las operaciones de derribo, se escandaliza Herminia con la propuesta pero le dura poco el enfado: «No me ha dejado sin dinero, no se ha ido de casa sin avisar, me quedo a cuidar de los niños, el desenlace lo sabré pronto, me telefonea». Fidel interviene embadurnado de melodrama: Damián controla las finanzas domésticas y reserva una parte para otros destinos, en su opinión no quiere comodidades para ella ni sus hijos, en su opinión es un despota y un racán, un aburrido monje obsesionado con el ahorro y la clausura de su mujer y sus hijos. La mascarada de Fidel impacta en la espectadora.

La especie ha sido propagada, y como la duda es una semilla que brota al contacto, difunde que algo queda, Fidel y Sonsoles atizan el desvalimiento de la familia sometida al dictado del tirano.

Es el momento de agilizar los trámites. Presionan a la inestable Herminia, a cada embate de la pareja más confundida. Damián se ha ido pero eso no asegura un reparto justo, el clan puede unirse y no dejar escapar ni un céntimo ni un palmo de tierra ni un metro cuadrado de vivienda, si es que el padre expira, la enfermedad avanza, lo consume, «¿verdad, Herminia?»; en caso contrario, vuelta a las andadas, un desastre para la convivencia y una quiebra irreparable para la economía de los dependientes.

Damián se ha trastornado, dicen a coro Fidel y Sonsoles. Herminia baja la cabeza, cierra los ojos, escucha el palpito de la influencia, se tantea los dedos de las manos antes que la ropa, aprieta las yemas y las palmas: la sangre va y viene, fugaz, persistente; cree reflexionar, cree que subida a ese carro que le han puesto delante hace lo correcto, ha de pensar en sus hijos, ha de pensar en ella,

el futuro depara muchas sorpresas y es la más prolongada de las expectativas. ¿Sí? Denuncian.

Damián Fajardo Pacheco y Aristo Baler pasearon la tierra de labor que había vivido épocas prósperas y bulliciosas mientras el cielo de Levante descorría el velo nocturno. Damián rastreaba sus huellas en aquel lugar que sentía latir en la piel.

—Mi padre es hombre previsor. Rehízo el testamento al fallecer mi madre, él pensaba que faltaría antes que ella y le costó asumirlo, pero se sobrepuso y dio prioridad a las cuestiones legales. Un acierto. Reparto equitativo entre los tres hijos y que cada cual se componga con lo suyo. No quiso rivalidades ni canalladas. Nos reunimos los cuatro en casa y en la notaría después para oficializarlo.

—Lo bien hecho bien parece.

Damián acariciaba un legado conquistado a pulso.

—Estoy triste, decepcionado. Estoy hecho un lío. Y no puedo pensar solo en mí.

Ha dejado atrás un mundo y una vida que nunca fueron completamente auténtico ni propia, en los que el peso de los hijos condiciona una decisión que no puede ser absolutamente personal. Ellos han conocido la ciudad y el pueblo, la obligación y la devoción, y a su edad no hay comparación que resista el atractivo permanente de un escenario con los destellos limitados del otro, subsidiario y anodino.

Damián salió temprano de su casa madrileña, el equipaje en la mano y el billete de tren en el bolsillo de la chaqueta. La despedida fue breve, todo estaba hablado: regresaría en cuanto le fuera posible, tenía que atender por orden de urgencia dos sitios en los que su presencia era imprescindible. Pero hasta tomar el tren se reservaba un tiempo de su exclusiva competencia. Lo necesitaba por breve que fuera.

Bajó del metro dos paradas antes de su destino, la estación de Chamartín, y con paso corto, pausa de asiento y la cabeza distraída, liberada de cometidos habituales, fue recorriendo aquella avenida para él fascinante, dotada de cuantos elementos caracterizan la in-

tegración del paisaje con la función residencial. Era la ciudad que le gustaba vivir, sugerente, posibilista como en un reportaje aéreo, y sobre la que a nadie hacía una mención devota. Esa avenida kilométrica, trazada como un meridiano, y sus diáfanos alrededores de variados tonos, matices y estilos, representaba su ideal de ciudad, un nuevo mundo que no competía con ventaja contra el antiguo ni se lo arrebatava para arrojarlo al vertedero, que tampoco le imponía romper con su pasado ni lo apartaba con cruel desprecio de sus aspiraciones.

—No puedo pensar solo en mí —repitió Damián a la pálida génesis del amanecer—. Tengo conciencia.

—Escúchela. Seguro que no le decepciona.

Rechaza la idea de la separación, aún quiere a Herminia y con toda el alma a sus hijos. Pero si pudiera alejarlos del engorroso añadido de la familia política que le había usurpado el territorio y los afectos, sentiría renacer la ilusión y los sueños que pueden convertirse en realidad.

—La mentira cala como un aguacero a la intemperie. Y lo que fácil entra a base de engaños cuesta una barbaridad que salga, a diferencia de lo que sucede con el dinero. ¿Me entiende?

—Le entiendo.

Damián consultó la hora en el cielo.

—Me gustaría hacerme valer —dijo.

Volver al principio para empezar con experiencia de otra manera. Y borrar la denuncia.

—En buena medida depende de usted. ¿Me ha entendido?

Damián asintió.

—¿Sabe lo que más añoro? Las mudas de la Luna. En ningún lugar como este he visto mudar a la Luna con tanta belleza.

—Compártalo. Si hay predisposición lo más sencillo es lo más eficaz.

A las siete de la tarde Aristo Baler pulsó el interfono de la familia Fajardo Pacheco. Había avisado por teléfono a Herminia tres horas antes sin avanzar el motivo de la visita. Ella comprendió que



en su casa únicamente debía estar ella con sus hijos, a los que metió en una habitación antes de abrir la puerta.

La entrevista duró un minuto.

—¿Sabe dónde está su marido?

—Sí, señor.

—¿Ha hablado con él hace poco?

—Sí.

—¿Cómo está su suegro?

—Mal, me ha dicho; pero aguanta. Será lo que Dios quiera. Rezo por él... y por nosotros.

Aristo Baler se despidió. No volvería a verla salvo que el juez le llamara a declarar.

\*\*\*

Aristo Baler pasó despierto su primera noche en Naya. Empezar con los ojos abiertos y un discurso íntimo era la manera elegida de saludar el futuro. Quería congraciarse de inmediato con su destino en el terreno que le tocaba en suerte, sin dar margen al tiempo que pone cada cosa y a cada uno en su sitio. A ratos inspeccionando la casa de alquiler que Carolina le había conseguido a un precio razonable dadas sus características, otros ratos, de similar duración e intensidad perceptiva, recorriendo la parcela ajardinada, susceptible de mejor cuidado en sus elementos naturales, de obra y muebles, y los dormidos alrededores de parcelas con o sin vivienda espaciadamente alumbrados por luces disuasorias, la travesía por la noche inaugural fue la imaginada al cruzar la frontera.

Le atrajo el paisaje sobre su cabeza y frente a su mirada, prometiéndole hermosas impresiones; le sedujo la brisa marina —un placer buscado—, y el intuido canto de las olas —hoy el mar estaba en calma— aliviaba la incertidumbre de quien debía adaptarse a su compromiso.

Un año iba a quedarse en Naya según su plan provisional. Los doce meses del año, anunció a Carolina porque ambos precisaban

establecer la salida del hogar alquilado. Ella, intermediaria altruista en la operación, le ofrecía dos años, veinticuatro meses de plazo —un verdadero ciclo experimental en su opinión—, quizá ampliable, según lo comunicado por los indecisos propietarios, un matrimonio centroeuropeo con el que mantenía una relación cordial anterior a instalarse con su negocio en Las Neidas.

—¿Qué les impide desplazarse?

—Problemas de salud —resumió Carolina.

Ningún motivo económico le obligaba a permanecer alejados de un lugar que disfrutaban y con el que se habían identificado. No les apetecía alquilar su casa, el santuario residencial dispuesto a su gusto, pero aún menos dejarla vacía indefinidamente o a expensas de favores cercanos o de visitas ocasionales e impredecibles. Comentaron la incidencia a sus allegados por teléfono y así es como se enteró Carolina de la oportunidad y ellos de que un policía iba a cuidar de supreciado bien. Afortunado intercambio para la satisfacción de sendos objetivos.

Aristo Baler pagaría el alquiler pactado con el colchón de la marca Moneda y Timbre que inesperadamente le había reportado el destinatario de aquel sobre relleno de jugosa documentación.

—¿Ya te has aposentado? —le preguntó Carolina al término del tercer día.

La furgoneta de la mudanza había descargado la víspera los enseres trasladados a la dirección de Las Neidas.

—Casi.

Con lo sustancial hecho, comprobado y localizado, la cuarta noche durmió a pierna suelta.